



ROSA CHACEL

DESDE EL
AMANECER

ÚLTIMOS CLÁSICOS

En *Desde el amanecer*, obra publicada por primera vez en 1972, la autora Premio Nacional de las Letras Españolas relata los primeros diez años de su vida. Novela que va de la mano de su posterior trabajo *Barrio de maravillas*.

Sólo una escritora de gran talla y mucho ingenio puede pensar en escribir un libro de memorias que se ocupe sólo de los primeros diez años de su vida, pero Rosa Chacel sabía muy bien lo que se proponía y quiso dejarlo claro ya en las primeras páginas de este libro: «Yo tengo la culpa de haber nacido porque siento el principio de mi vida como voluntad. Ganas me dan de decir: si yo no hubiera querido, nadie habría podido hacerme nacer».

Esa Rosa, un personaje que se impone delante del lector aunque sea una niña en una casa modesta de Valladolid, tiene muy claro su destino e incluso puede describir con fuerza los años que precedieron su llegada a este mundo. *Desde el amanecer* en seguida muestra su manera peculiar de ver la vida, su forma de despachar con las personas y los objetos, su hambre de todo y su forma de construir verdades a partir de las palabras a menudo incomprensibles de los adultos.

Estos primeros años de la vida de esta gran autora están aquí, vivos y claros aun después de más de cuarenta años de su primera publicación, y son una muestra espléndida de lo que ahora llamamos narrativa del yo: una lección magistral para las nuevas generaciones.

El río del recuerdo
va del mar a la fuente.

MIGUEL DE UNAMUNO

Deseado he desde niño
o antes, si puede ser antes.

FRANCISCO DE QUEVEDO

A BLANCA,
mi hermana, que llegó después del primer acto.

Empiezo por confesar mi orgullo más pueril, el de haber nacido en el 98. Aunque ese adjetivo, pueril, es por mi parte, demasiada precaución. Prefiero decir, simplemente, mi orgullo, que puede parecer pueril. A mí no me lo parece, en mi auténtico fondo, porque yo rechazo esos tópicos vigentes en nuestros días, tales como, «Me trajeron al mundo sin consultarme». «Yo no tengo la culpa de haber nacido.» etc. Todo esto me es ajeno. Yo tengo la culpa —si esto es culpa, y hace tiempo *dijimos* que es delito— de haber nacido porque siento el principio de mi vida como voluntad. Ganas me dan de decir: si yo no hubiera querido, nadie habría podido hacerme nacer. Pero es demasiado obvio que sin *ser* no hay *querer*, y viceversa. Lo que no es imaginable es que semejante cosa —no *querer*, no *ser*— me pasase a mí. En consecuencia, nací en el 1898 y esto me complace. La fecha es suficientemente señalada para que no sea necesario explicarlo. Por aquel entonces unos cuantos españoles pensaban, hablaban, escribían, luchaban; otros, engendraban criaturas que tenían sentido y misión de compensaciones. Ya se ha señalado que en ese año fueron muchos los *trabajadores* que nacieron en España: todos con más méritos que yo: ninguno con más ganas —ganas, entiéndase bien, de acudir—. Así, pues, nací en Valladolid ese año, el tres de junio, día de santa Clotilde, por eso es ése el segundo de mis cuatro nombres, Rosa, Clotilde, Cecilia, María del Carmen. La fecha exacta de mi nacimiento es ésta, pero mis recuerdos datan de quince o veinte años antes. Alcanzan, además, algunos de ellos, a otro continente y otra latitud, y en esas cualidades radica su profundidad: no son recuerdos de hechos lejanos *en mí*, sino que yo misma

era ya un hecho *en ellos*. En ellos, pues, consisto: vengo de su lejanía.

En la época de las lluvias el agua caía a raudales —Caracas era entonces una ciudad en la que se podía encontrar un cangrejo debajo de una butaca— y la escuela estaba en la misma calle de casa, dos manzanas más arriba. El agua, como digo, caía a raudales y a la salida de clase las cunetas, en forma de artesa, rebosaban —veo cómo el agua formaba en el centro un cordón: era tal la violencia con que resbalaba de la calzada que se enrollaba sobre sí misma, al quedar contenida por la cuneta—, iba limpia, transparente y con una velocidad alocada porque la calle estaba un poco en cuesta y ya cerca del mar.

Las chicas salieron bajo el torrente que caía del cielo y a una de ellas, Rosa-Cruz, de no más de siete años, se le ocurrió meter los libros en el paraguas, sentarse en la cuneta y, apoyando de cuando en cuando la contera del paraguas en el borde de la acera, levantarse un poco sobre el agua y dejarse llevar por la corriente. Otras la imitaron: cuando llegó a su casa saltó afuera y dijo adiós a las que seguían calle abajo.

Esto debió de ocurrir, más o menos, por el ochenta y cuatro, pero las fechas de entonces no tienen realidad para mí. Creo que nunca las supe o no las tuve en cuenta porque de aquello sólo me interesaba lo que seguía —y sigue— actuando.

Igual que aquella tarde de invierno, en Valladolid, en una casa viejísima de la Corredera de San Pablo. Una señora pequeñita, vivaz, llena de hijos; desasosegada porque va cayendo la luz —son las cinco de la tarde— y no está ni empezada a hacer la cena. Tiene a un chico en la cama, el asistente fue a buscar a las niñas al colegio, la criada a la farmacia y no vuelven. Sale al balcón, ve venir a su hijo pequeño —poco más de siete años— que vuelve de la escue-

la: cuando llega abajo le dice: Paquito, hijo, mira a ver si ahí junto al portal, está la señora Josefa en su puesto. Sí, mamá, dice el chico, ahí está. La madre le echa una moneda: —Toma, dile que te dé una cebolla. —¿Una cebolla?, ¡qué asco!, dice Paquito y se queda clavado en el suelo. Pero del balcón cae sobre él una mirada inexorable. Va hacia la vendedora, le pregunta si tiene cebollas y le da la moneda. La viejecita le ofrece una gran cebolla, que él no acepta. Le dice: —Póngamela... haga el favor de ponérmela ahí, señalando el umbral. La vieja está sentada junto al quicio de la puerta y, aunque con asombro, pone la cebolla en el poyo de entrada. El chico le da suavemente con el pie y rodando la lleva hasta colocarla frente a la escalera, a menos de un metro de distancia del primer escalón. Una vez allí, calcula bien el impulso y el lugar en que hay que darle el golpe — en la semiesfera inferior— para hacerle subir la escalera. Le da un puntapié y la cebolla sube cinco o seis escalones, pero no se queda quieta en el punto de llegada; rueda y vuelve a bajar. Paquito la espera y, antes que llegue abajo, le da otra patada y la hace avanzar otros tantos escalones. Así, en varias acometidas, logra alcanzar el primer descansillo: allí es fácil hacerla rodar hasta el otro tramo y emprender nuevamente la ascensión. Pero la escalera es de madera y la cebolla no baja en silencio: los coscorriones que va dándose retumban en la escalera y la madre de Paquito sale a la puerta, enfurecida.

Esto es todo lo que se quiera, menos anecdótico. Es, en realidad, una fórmula química. Lo que esto es, eso es lo que soy. Los dos hechos son recuerdos míos porque no recuerdo que me los hayan contado: los veo como cosas vividas. Conozco la casa en la ciudad tropical, con losas de mármol en el patio y criadas indias y negras. Conozco también la vieja casa sobre los soportales de la Corredera de San Pablo, pero esto no es lo más importante; lo decisivo es que cuando se hablaba de eso —y digo *se hablaba* porque no se relataba nada, no se daba ninguna noticia, no se

me contaba una historia, como cuando se dice: «te voy a contar lo que pasó una vez»— cuando se *hablaba* de eso, de esas cosas que hacían aquellos chicos, claro está que los que habían sido aquellos chicos estaban delante de mí en forma muy diferente, pero yo no tenía que hacer el esfuerzo de imaginarlos tal como fueron: yo *los era*. Porque lo que tenía sustancia en todo aquello era el modo, el quid de aquellos chicos que yo, no diré *asumía* porque no era necesario: yo constataba, sentía su respuesta como si fuese algo —alguien— a quien llamaban por su nombre. Sólo a eso es comparable esa respuesta; a ese movimiento en el que el ser se incorpora al sentirse llamado. Y eso era lo que ocurría en mí cuando *hablaban* de eso: una alegría, un retozo, un chapuzón en agua tibia sobre losas lavadas por la corriente, bajo palmeras. Un orgullo, un crepúsculo irreductible, un ingenio, una habilidad o puntería para salvar una situación difícil. Estas cosas se levantaban dentro de mí cuando *hablaban* de eso. Y, si hablaban celebrándolo, yo me sentía halagada; si hablaban con cierto retintín, como cuando se dice: «El que es capaz de subir a patadas una cebolla...» se ponía en pie dentro de mí la afirmación: ¡Claro que soy capaz!

Podría haber empezado por decir quiénes fueron mis abuelos, y lo diré, por supuesto, pero no he querido dar a esto el primer lugar porque aun teniendo importancia, como sin duda tiene, no es lo decisivo en mi historia. Claro está que heredé las fórmulas familiares, religión, moral y costumbres de mis antepasados, pero eso no informó más que el cimiento de mi sistema personal. Lo básico, claro está, eso no puedo negarlo, pero aunque básico y soterrado, su categoría es la de apoyo, no la de fórmula, como todo lo anterior. Con aquella fórmula y sobre esos cimientos, el edificio, todo lo que edificábamos día tras día o minuto tras minuto, estaba regido por circunstancias especialísimas,

que tenían su principio y fin en *nosotros tres*. Circunstancias que hoy puedo llamar felices, aunque no era mi casa eso que se llama un hogar feliz. Nada de eso; era un hogar sobre el que se cernía un nublado pesadísimo: la pobreza. Pero a ese nublado, aunque no se dejaba de darle importancia, se le aceptaba como fuerza mayor: era lo gigantesco, lo cósmico, pero no se hablaba mucho de ello; no hacía perder la serenidad ni el buen humor, cuando el buen humor brotaba de por sí como otra gran fuerza. También se cernía, bueno, no se cernía porque no era nada que planease con más o menos calma: era como una ráfaga recurrente, como un torbellino arbitrario —podría decir, trivial— que estallaba con subitaneidad pirotécnica: la intemperancia de mi padre.

Pero no, esto es ya un juicio mío desde aquí, y me he propuesto al anotar estos recuerdos no juzgarlos; exponerlos al juicio ajeno. Para esto tengo que hacerlos presentes, simplemente, como fueron. Puede parecer, sin embargo, que lo relatado en un principio está ya sometido a una elaboración, pero no es así. Lo que relaté al principio no es, como ya dije, ni anécdota ni teoría: es *lo que era* entonces, *tal como era*. Por esto empecé quince o veinte años antes de mi nacimiento, para hablar de cosas en las que no cuenta mi opinión, sino mi ser: lo que estaba en mí antes de tener opinión alguna. Es decir, que si ahora me pongo a buscar mi recuerdo más lejano, consigo vivir un día, en el segundo año de mi vida, en que me herí en una mano. Recuerdo claramente el rasguño dolorosísimo y me recuerdo a mí misma sufriendolo; sé cómo era yo en aquel momento y sé que yo era alguien que ya sabía todo aquello. ¿Que ya me habían contado la historia? No, no; que ya era yo su resultado activo.

En cambio, de otras muchas cosas que me contaron como hechos de mi vida no conservo clara la vivencia, aunque una de ellas es sumamente importante: mi padre me *hizo hablar* a los cinco meses. No me enseñó, *me hizo hablar*

mediante una presión continua, insistente, implacable. Él me contó mil veces el sistema que había seguido, dando importancia a lo que él consideraba el prodigio, que yo hubiera roto a hablar. Pero es el caso que en su sistema hubo algo mucho más importante y decisivo para la constitución de mi mente, de todas mis facultades y mis inclinaciones.

La cosa había sido así. Un amigo nos había hecho una foto en su jardín, teniendo yo tres meses. Mi madre estaba sentada conmigo en brazos y mi padre de pie, al lado. La foto, de quince o veinte centímetros, estaba puesta en la pared y mi padre me llevaba ante ella, cogía mi mano derecha y me hacía ir poniendo el índice en cada una de las tres figuras, repitiéndome una y otra vez: «Papá, mamá, nena». A este ejercicio me sometió durante más de dos meses, cuatro o cinco veces al día. Uno de ellos, llevándome mi madre en brazos se paró ante el espejo —el espejo oval de marco dorado, que tanto lugar ocupa en mi recuerdo—, mi padre se acercó por detrás; yo señalé con el índice extendido y dije las tres palabras. Pero esto, para mí es leyenda. No lo pongo en duda, porque, dada la obstinación de mi padre, creo que podría haber hecho hablar a un gato. Y resulta que lo que hizo, sin saber, pero con tan decisivo trazo en mi destino, fue enseñarme a mirar. *Me hizo mirar*, podría decir; estableció un istmo o un cable conductor con mi brazo extendido hasta la imagen, haciendo que mi índice tocara tres puntos, tres breves contactos, que junto a mi oído se convertían en palabras, como si cada una de las tres voces fuera el ruido del roce de mi dedo en el papel.

Consignar estas leyendas familiares resulta pueril, pero el caso es que lo que querría fijar aquí, ahora es, precisamente, lo pueril. Querría remontarme hasta aquel momento o estado de mi puerilidad en que, dentro de ella, yo era yo, tal cual soy: tal como seré siempre, mientras sea.

Recuerdo infinidad de hechos relatados, comentarios de mi formidable apetito que no puede alcanzar mi memoria, pero la lejanía de ese apetito, su calidad de nota fundamental en mi principio puedo, desde aquí, constatarla allí, en aquel entonces. Yo era un ser dotado de un apetito formidable, pero, además, el movimiento espontáneo de echar la mano a toda cosa comestible y devorarla, tenía algo de razonamiento lógico y de sentido práctico. Mi madre me criaba con dificultad y yo procuraba hacerle fácil la situación: yo estaba siempre dispuesta a comer todo lo que pusieran a mi alcance. Sobre todo, estaba siempre dispuesta a hacer todo lo que hiciesen los otros porque nunca, ni un momento, entre el légamo de mi puerilidad, admití que mis facultades no les igualaran.

Estoy hablando de los dos primeros años de mi vida y digo que *no admití* tal cosa. Parece hiperbólico, pero no lo es porque no digo que mis facultades fuesen como yo las sentía: lo que aseguro es que así las sentía. Y todavía puedo asegurar algo más complejo: sentía, al mismo tiempo, su falla o su impotencia, con una inconformidad angustiada y colérica.

Alrededor de todos esos actos que se pueden ejecutar en el comienzo de la vida, como comer y dormir, por ejemplo, alcanzo a distinguir un conato de conciencia que, más tarde, llegué a formularme a mí misma y que se manifestaba en la lucha —una lucha por la vida, semejante a la del naufrago o más bien a la del que se hunde en un tremedal— contra mi infancia. Mi infancia, quiere decir mi ser infantil o, más exactamente, mi «dificultad de ser», definición más apropiada para el comienzo que para el final de la vida. El fenómeno tenía dos o más aspectos porque mi conciencia era intermitente. Ya he dicho que no recuerdo ninguno de esos hechos que llamo leyendas familiares, pero al confrontarlos con hechos posteriores, quedan enhebrados en el mismo hilo como cuentas de un collar que, exentas, se corresponden en rigurosa progresión. Así, puedo suponer

que las súbitas iluminaciones que fulguraban en mis primeros años empezaron, en forma sumamente leve, por supuesto, con mi vida.

Es muy difícil hablar de estos chispazos, que no eran más que como una lucha desesperada por la afirmación. La otra cara del hecho, hoy no puedo considerarla negativa porque conservo su huella como algo precioso, pero era sin duda como una cesación de la lucha, como un hundimiento, o vencimiento, o extravío. Y, esto es lo importante, esta faceta pasiva que es la que viene de más lejos, no se repite en progresión, sino en disminución. Sus primeros momentos representan las perlas más gruesas, imagen que no trata sólo de sugerir metafóricamente la sucesión en escala, sino la calidad misma de cada unidad: esos momentos eran conclusos en sí mismos como esferas y tenían una irisación perlada, un oriente —las perlas más gruesas son tan lejanas que alcanzar la más gruesa sería alcanzar el principio, y esto es demasiada pretensión—. Pero puedo muy bien llegar a algunas de dimensiones aterradoras, que se manifestaban en el sueño o el entresueño y que, a veces, lograba suscitarlas despierta. Digo que lo lograba porque me entregaba voluntariamente a aquel abandono, que sólo podría definirlo con la palabra *terror*. Nada de voluptuosidad en ese *terror*, nada de recreo: era una especie de silencio, una especie de fascinación, en la que había algo de veneración. Imposible recordar en qué tiempo logré tener una imagen clara de ello, pero cuando llegué a tenerla consistía, simplemente, en *un hilo*. Era un hilo de vidrio que estaba delante de mí, vertical: yo no veía su principio ni su fin, no veía dónde se apoyaba: era una columna de vidrio finísima que estaba inmóvil, pero yo sabía que fluía. No sé cómo lo sabía porque lo más atroz era su inmovilidad. Y nada más, no puedo añadir el más pequeño detalle porque todo consistía en eso, en que no había ningún detalle: era solamente la visión de aquel hilo, que permanecía delante de mí, indeciblemente próximo, tan próximo como si fuese yo

misma. Y, esto es lo más importante: cuando a los cuatro o cinco años la visión era enteramente clara tenía siempre, en toda ocasión, el carácter de un recuerdo muy antiguo. Su aparición siempre me hacía decir: «¡Ya está aquí esto, lo de siempre!»

Las súbitas iluminaciones que correspondían a la faz positiva, a la lucha por la claridad y la conciencia, eran más irregulares porque su causa, emocional generalmente, las disparaba como respuestas a la realidad. Si no fuese porque algunas de ellas quedaron señaladas por fechas inconfundibles, desconfiaría de mi memoria. Pero no puedo engañarme, aunque a cada una de ellas siga un nublado o un ocaso. La más intensa ocurrió cuando tenía, exactamente, tres años y poco más. Fue provocada por un hecho exterior harto dramático, es cierto, pero lo que llamo mi iluminación ante el hecho consistió en que, en un momento de enorme tensión emocional, mi criterio para juzgar lo que pasaba no difería en nada de lo que sería ante el mismo hecho en el día de hoy.

No quiero relatarlo como escena dramática; llegaré a ello por sus pasos contados. En ese comienzo de mi cuarto año estaba viviendo algo que dejó en mí una huella profunda, que inclinó mis preferencias y afectos, tanto como mi mente, en un determinado sentido, y en esa época yo tenía ya recuerdos. Un año antes, en el 900, fui con mis padres a Madrid, a pasar unos días en casa de mi abuela materna. Fuimos para que me conocieran ella y mis tías. No sé, ni tiene importancia, cómo se ocasionó el viaje, ya que gastos superfluos quedaban fuera de nuestras posibilidades, pero el caso es que fuimos. Entonces fue cuando ocurrió lo de mi herida en la mano derecha. Conservé la cicatriz hasta los veintitantos años, como una línea casi imperceptible que me cruzaba el dorso. Creo que sin esa herida mi estancia en Madrid se habría borrado porque sólo recuerdo lo que tiene relación con ella y con el lugar donde ocurrió; algunas cosas de otra índole, pero con el mismo fondo, que son al-

go así como su estela. El hecho, un momento culminante y, arrastradas por él, unas cuantas imágenes que destacó al surcar la llana monotonía.

La cosa fue así. Me llevaba en brazos Julieta, la más querida de mis tías maternas. Íbamos por el pasillo y al entrar en su cuarto —recuerdo su tocador vestido: una consola cubierta con sabanilla de organdí y encajes. Un espejo con marco blanco, colgado junto a él un botecito para poner el cepillo de dientes, metido en una malla de perlé amarillo, que tenía en el asa por donde estaba colgado un grupo de madroños también amarillos. Claro que esto puedo recordarlo porque ya antes de aquel momento había tenido en la mano los madroños, en cuya suavidad de terciopelo se hundía la mirada y se extasiaba el tacto —detalles, anecdóticos no: componentes, constituyentes—, sobre el tocador estaba el esenciero de porcelana rosa. Era enteramente de la forma de un botijito, pero sin pitorro y tenía en la curva de su pechuga una pequeña rosa de porcelana, con un capullo y hojitas verdes. El tapón de corcho estaba perforado por un tubito de metal rematado arriba por una pequeña corona que se aflojaba para echar la esencia. Concentrándome mucho puedo recordar la esencia, pero no puedo describirla. Al ir a entrar con mi tía en el cuarto fue cuando ocurrió. Estábamos en la misma puerta, yo percibía ya su aura de paraíso, cuando al hacer un movimiento rápido me rasgué la mano con una aguja prendida en la blusa de mi tía. Lloré desesperadamente y no sólo por el dolor: en mi llanto había una gran inconformidad —semejante a un desengaño— por haberme pasado aquello al entrar en aquel cuarto.

Tal vez las imágenes que conservo como estela del hecho se unen bien a él porque están envueltas en otra inconformidad o rechazo, en otro vago sentimiento de injusticia o desafinación. A aquel botecito de porcelana, mi madre y mis tías lo llamaban «Don Pijota». Y Don Pijota era el padre de mi madrina, el señor Arredondo, que era pequeñito y

tenía una gran panza casi a partir de la garganta, lo que le daba aire de botijito. Era, repito, en 1900, de modo que yo tenía poco más de dos años, pero aquella asociación tan torpe me dejaba desconsolada. ¿Por qué llamar a aquel botecito delicioso Don Pijota?

¡Qué estúpida palabra! Al señor aquel le llamaban así porque ésa era su interjección favorita, que soltaba a troche y moche. Pero ¿por qué asociar a aquel señor con el esenciero? De más está decir que estas reflexiones no pasaban en aquel momento por mi cabeza, pero la inconformidad, el malestar que me causaba todo ello, eso sí estaba allí. ¿Valdría la pena de decir que estaba, si hubiera quedado allí? No, lo anoto porque es una base, un comienzo de algo que no terminó todavía.

De aquellos días sólo recuerdo, además de esto, haber llorado en casa de un fotógrafo que me aterrorizó bajo el paño negro y de haber cantado encima de una mesa una de aquellas canciones tan *novecento*: «Tengo yo una bicicleta / que costó dos mil pesetas / y que corre más que el tren».

De nuevo en Valladolid, en nuestra casa de la calle de Núñez de Arce, antes calle de la Cárcava. Pero yo no nací en esa casa: yo había nacido en la calle de Teresa Gil, nada más entrar de los soportales. En la planta baja había un zapatero y aún sigue habiéndolo. No sé cuándo nos mudamos a la calle de Núñez de Arce: ésa fue *mi casa* hasta que salí de Valladolid, en 1908.

En junio del 900 cumplí los tres años, y no recuerdo si poco antes o poco después nació mi hermano. Tampoco recuerdo en absoluto pormenores en torno a su nacimiento. Es sumamente importante comprobar que no lo recuerdo, que todo lo que pasó durante unos cuantos meses: la alteración física de mi madre, la agitación de la casa, con entradas y salidas de médicos y familiares, todo me pasó